

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## **Catequesis**

AUDIENCIA GENERAL

# **La oración de Jesús (7)**

1 de febrero de 2012

---

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablar de la oración de Jesús en Getsemaní, en el Huerto de los Olivos. El escenario de la narración evangélica de esta oración es particularmente significativo. Jesús, después de la última Cena, se dirige al monte de los Olivos, mientras ora juntamente con sus discípulos. Narra el evangelista san Marcos: «*Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos*» (Mc 14,26). Se hace probablemente alusión al canto de algunos salmos del *'hallél* con los cuales se da gracias a Dios por la liberación del pueblo de la esclavitud, y se pide su ayuda ante las dificultades y amenazas siempre nuevas del presente. El recorrido hasta Getsemaní está lleno de expresiones de Jesús que hacen sentir inminente su destino de muerte y anuncian la próxima dispersión de los discípulos.

También aquella noche, al llegar a la finca del monte de los Olivos, Jesús se prepara para la oración personal. Pero en esta ocasión sucede algo nuevo: parece que no quiere quedarse solo. Muchas veces, Jesús se retiraba a un lugar apartado de la multitud e incluso de los discípulos, permaneciendo "en lugares solitarios" (cf. Mc 1,35) o subiendo "al monte", dice san Marcos (cf. Mc 6,46). En Getsemaní, en cambio, invita a Pedro, Santiago y Juan a que estén más cerca. Son los discípulos que había llamado a estar con Él en el monte de la Transfiguración (cf. Mc 9 2-13). Esta cercanía de los tres durante la

miedo y angustia de Jesús se recapitula todo el horror del hombre ante la propia muerte, la certeza de su inexorabilidad y la percepción del peso del mal que afecta a nuestra vida.

Después de la invitación dirigida a los tres a permanecer y velar en oración, Jesús se dirige al Padre "solo". El evangelista san Marcos narra que Él, «*adelantándose un poco, cayó en tierra, y rogaba que, si era posible, se alejara de Él aquella hora*» (Mc 14,35). Jesús cae rostro en tierra: es una posición de la oración que expresa la obediencia a la voluntad del Padre, el abandonarse con plena confianza a Él. Es un gesto que se repite al comienzo de la celebración de la Pasión, el Viernes Santo, así como en la profesión monástica y en las ordenaciones diaconal, presbiteral y episcopal, para expresar, en la oración, también corporalmente, el abandono completo a Dios, la confianza en Él. Luego Jesús pide al Padre que, si es posible, aparte de Él aquella hora. No es solo el miedo y la angustia del hombre ante la muerte, sino el desconcierto del Hijo de Dios que ve la terrible masa del mal que deberá tomar sobre sí para superarlo, para privarlo de poder.

Queridos amigos, también nosotros debemos ser capaces en la oración de llevar ante Dios nuestros cansancios, el sufrimiento de ciertas situaciones, de ciertas jornadas, el compromiso cotidiano de seguirlo, de ser cristianos, así como el peso del mal que vemos en nosotros y en nuestro entorno, para que Él nos dé esperanza, nos haga sentir su cercanía, nos proporcione un poco de luz en el camino de la vida.

Jesús continúa su oración: «*iAbbá! iPadre!: Tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres*» (Mc 14,36). En esta invocación hay tres pasajes reveladores. Al comienzo tenemos la duplicación del término con el que Jesús se dirige a Dios: «*iAbbá! iPadre!*» (Mc 14, 36a). Sabemos bien que la palabra aramea "Abbá" es la que utilizaba el niño para dirigirse a su papá, y, por lo tanto, expresa la relación de Jesús con Dios Padre, una relación de ternura, de afecto, de confianza, de abandono. En la parte central de la invocación está el segundo elemento: la consciencia de la omnipotencia del Padre —«*Tú lo puedes todo*»—, que introduce una petición en la que, una vez más, aparece el drama de la voluntad humana de Jesús ante la muerte y el mal: «*Aparta de mí este cáliz*». Hay una tercera expresión en la oración de Jesús, y es la expresión decisiva, donde la voluntad humana se adhiere plenamente a la voluntad divina. En efecto, Jesús concluye diciendo con fuerza:

la presencia del amor, de la bondad, de la verdad, de la belleza divina, si en ella se cumple la voluntad de Dios. En la oración de Jesús al Padre, en aquella noche terrible pero memorable de Getsemaní, la "tierra" se convirtió en "cielo"; la "tierra" de su voluntad humana, sacudida por el miedo y la angustia, fue asumida por su voluntad divina, de forma que la voluntad de Dios se cumplió en la tierra. Esto es importante también en nuestra oración: debemos aprender a abandonarnos más a la Providencia divina, y pedir a Dios la fuerza de salir de nosotros mismos para renovarle nuestro "sí", para repetirle que «*se haga tu voluntad*», para conformar nuestra voluntad a la suya. Es una oración que debemos hacer cada día, porque no siempre es fácil abandonarse a la voluntad de Dios, repetir el "sí" de Jesús, el "sí" de María. Los relatos evangélicos de Getsemaní muestran dolorosamente que los tres discípulos elegidos por Jesús para que estuvieran cerca de Él no fueron capaces de velar con Él, de compartir su oración, su adhesión al Padre, y fueron vencidos por el sueño. Queridos amigos, pidamos al Señor que seamos capaces de velar con Él en la oración, de seguir la voluntad de Dios cada día incluso cuando habla de cruz, de vivir una intimidad cada vez mayor con el Señor, para traer a esta "tierra" un poco del "cielo" de Dios. Gracias.

(**Saludo** a los peregrinos de lengua española)